

Algunas semanas bajo tierra con los campesinos vietnamitas

por Joris Ivens *

* El cineasta Joris Ivens, vivió, a partir de febrero, en Vietnam del Norte. Ha filmado, junto con su ayudante Marceline Lorian, escenas de la vida cotidiana en Hanoi. Estas escenas, se incluirán en una película colectiva realizada por Chris Marker, William Klein, C. Lelouch, J. L. Godard, A. Resnais y Agnes Varda. Ivens vivió del 25 de abril hasta mediados de julio en las ciudades próximas al paralelo 17. Ahí, realizó otro filme que aparecerá en octubre, y es al que se refieren estas notas.

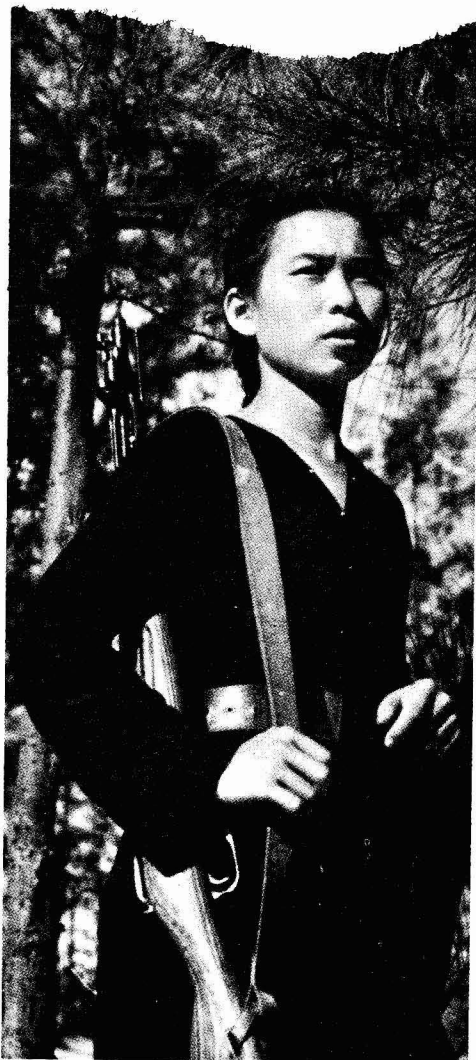
Un pueblo cercano al paralelo 17... *Hen ap!* La clase está camuflada a muchos metros bajo tierra. Treinta alumnos de siete a diez años repiten en voz alta: *Hen ap!* El instructor corrige: *Hands up!* (Arriba las manos.) *Hands up!* repiten los escolares.

Diez minutos más tarde, regresamos a la superficie. Un muchacho se esconde tras un plátano. Una banda de chiquillos corre a través de un arrozal y lo descubre, todo tembloroso. *Hands up!*, le gritan, armados con sus fusiles de bambú. Han aprendido bien la lección. El "piloto", abatido, alza los brazos. Los niños han capturado un "piloto norteamericano". Están muy satisfechos de haberlo hecho. La escena se desarrolla a unos cuantos kilómetros del paralelo 17. En un poblado, el comandante adjunto de la milicia popular local, una muchacha de veintitrés años, me dijo: *Son arrogantes en el cielo, con sus F-105 y sus FH-4. Una vez que su avión es abatido, cambian. Todos tienen malaria.*

En el norte, en la parte superior de Hanoi, "ellos" son menos fieros; hostigados por una D.C.A. muy densa, por los fusiles Sam, los Migs y los globos. Aquí, en el paralelo 17, el cielo es menos peligroso para ellos. Sin embargo, las autoridades locales aseguran que en la provincia de Quang-Binh y en el distrito de Vinh-Linh, han sido derribados más de trescientos aviones desde 1965. Un gran número de pilotos han sido capturados. En sus correrías aéreas, particularmente en este sector, se han dado cuenta, al observar las rápidas respuestas de la población y la vida subterránea de los campesinos, de que son advenedizos en uno de los frentes más importantes de la guerra colonial más grande de la historia. Cada uno lucha y desea vencer, movilizand o toda su inteligencia, todo su coraje contra el coloso dotado de una poderosa técnica y que desea dominar.

Filmar esta línea imaginaria que representa el paralelo 17 significa filmar la ribera Ben Hai. Al norte y al sur del curso

del río, sobre cinco kilómetros, se encuentra la famosa zona desmilitarizada por los acuerdos de Ginebra en 1954. El 15 de mayo, cuando llegamos acompañados de dos cineastas vietnamitas, a la ribera norte de la zona desmilitarizada, quince batallones de "marines" pertenecientes a la fuerza de intervención de la séptima flota, desembarcaron, también por helicóptero, en la parte meridional. Deseaban crear una "zona blanca". De hecho, han ennegrecido todo, incendiado los poblados; los techos de paja, las camas, el arroz, el ganado. A lo lejos vimos, más hacia el sur, cómo, alrededor de las bases norteamericanas se elevaban las llamas, el polvo y las columnas de humo. Esos fueron





los resultados de la Operación *Pradera A*.

Con nuestros propios medios, atravesamos el paralelo 17 como cualquier corresponsal de guerra. El intento era peligroso, pero queríamos ver los resultados de esta "intervención norteamericana" en la parte meridional de la zona desmilitarizada. Ahí, filmamos los testimonios de los refugiados. Nos hablaron de la destrucción de las aldeas, de la asfixia de los campesinos en los refugios, del transporte a bordo de helicópteros, de la población trasladada hacia el sur. Llegamos a dos kilómetros de un puesto norteamericano. Los soldados de la Fuerza de Liberación Nacional nos detuvieron: ir más lejos hubiera sido muy peligroso. Los norteamericanos podrían habernos capturado. Oímos el ruido de los vehículos blindados. En el camino de regreso, encontramos el armazón de un coche militar, puesto fuera de combate.

Todo era ruinas y devastación. Una tras otra, las aldeas han sido incendiadas, aniquiladas. Nada, o casi nada, queda de las casas, de los adobes, de la paja, de la madera: Los "marines" han utilizado los lanzallamas. Perros famélicos y cubiertos de ceniza, vagan sobresaltados con el ruido de las cámaras. Una vieja, inclinada hacia el suelo, escarba entre los escombros. Ha vuelto, aun a riesgo de perder la vida. Busca arroz. Estaba escondida y esperó a que el fuego se apagara. Nos preguntamos qué hacemos en ese lugar. Informada, busca una nuez de coco, nos la ofrece y

dice: *Sobre todo, digan la verdad sobre lo que nos está pasando.*

La población de la aldea del Norte, donde vivimos, ha acogido a refugiados del Sur; se les reparte de todo: arroz, vestidos, abrigos, casas, como dice nuestro huésped citando un refrán vietnamita: *Las gentes de un mismo país deben sembrar juntas. Las hojas sanas deben cubrir a las hojas lastimadas.* Le hablamos de paz. Para ellos también significa la terminación de la guerra y la unión de las dos partes del país.

Una mañana, cuando se preparaban para un ejercicio de la milicia popular, en el que el tema era: *cómo hacer saltar un coche militar* (era una copia hecha



de lodo y paja), encontré a Duc. Duc es "héroe de tercera clase" del Frente de Liberación de Vietnam del Sur. Tiene nueve años. ¿Qué ha hecho para merecer este título? Un día, vio, cerca de la casa de su abuela, que algunos norteamericanos desmontaban un terreno, para construir una base de helicópteros. Para obtener un metro, Duc debe estirar catorce veces la mano. Inventó un juego que consiste en lanzar un bambú de esta longitud. Sabe, cuando el "juego" ha terminado, que debe alinear trescientas cuarenta y siete veces el bambú entre su casa y el helipuerto. Por otra parte, entre la casa, y el camino que pasa al norte, debe alinear doscientas cuarenta veces el palo. Tomó las medidas. *En seguida, dice él, di los cálculos a mis "tíos" del ejército y vinieron en seguida con los morteros; veintitrés helicópteros fueron destruidos en tierra.*

En la aldea donde hemos pasado semana tras semana, viven setecientas cuarenta y tres familias: cuatro mil ciento catorce almas. En 1966, cada habitante tenía "derecho" a setenta bombas. Los norteamericanos atacan por todas partes: desde aviones de la VII flota; desde tierra. El peligro es permanente, de día y de noche. Por más increíble que parezca, no se pueden pasar aquí abajo quince minutos en calma. El ruido, sin cesar, viene de todas partes: el ritmo terrible de las granadas, los silbidos de los obuses, la explosión de las bombas que parece el ladrido de una especie de perro electrónico. Los golpes de cañón de la D.C.A. contra los "may bai", estos aviones que la población ha bautizado "Johnson".

Por las calles, en nuestro coche militar, el ruido del motor nos ensordece. No oímos el avión que viene hacia nosotros. Él está ciego y nosotros estamos sordos. Sobre una calle, en alguna parte entre Vinh-Linh y Quang-Binh, nos sucedió lo mismo. Un avión lanzó encima de nosotros, cinco granadas. *Tenemos que huir a toda prisa*, nos dijeron. Lo que cuenta ahora es la valentía y la sangre fría del chofer. Se llamaba Khué. Su reflejo inmediato fue lanzarse hacia adelante. Un "Johnson" seguía al primer avión. Una bomba explotó a cincuenta metros atrás de nosotros. Habíamos ganado.

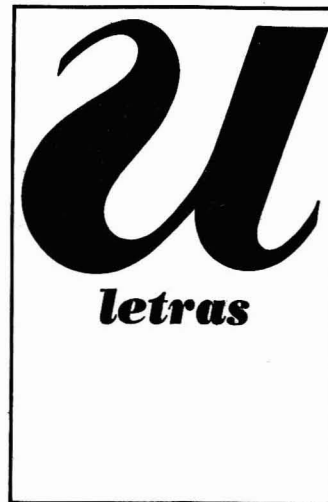
"May bai" ("el avión"), este grito es la señal de alerta en las aldeas. Es un espectáculo asombroso: los artilleros, los campesinos en los campos, los niños, vigilan las acrobacias, la rapidez, el sonido de los aparatos, conocen bien los tipos. Prevén las intenciones de los pilotos y saben dónde van a arrojar las bombas. Bajo tierra —aquí se está siempre bajo tierra—, un oficial de Estado Mayor nos dijo: *Nosotros conocemos a los norteamericanos mejor que ningún otro pueblo.* El armamento, al mismo tiempo que los conocimientos, se han mejorado mucho. Pude medir los cambios desde 1965 cuando

rodaba *Le Ciel, la Terre*. Por primera vez en una película, se mostrará un bombardeo del Norte a las posiciones norteamericanas del Sur.

Esta eficacia, este poderío creciente de los vietnamitas, sólo son posibles gracias a las medidas extraordinariamente efectivas de protección a la vida de los hombres que han sido inventadas y sistemáticamente aplicadas. Duermen bajo tierra, ahí descansan, ahí comen, ahí compran, ahí acumulan los víveres, ahí curan a los heridos. Bajo tierra estudian, juegan a las cartas o van al cine. Los actores aficionados, cantan y bailan, lo mismo que trabajan los artesanos, los sastres, los zapateros, evacuados de la población Ho-Xa, totalmente arrasada. Con las piezas recuperadas de los aviones abatidos, los campesinos, bajo tierra siempre, construyen arados.

El refugio es un puesto de combate, todo está puesto al servicio de esta guerra que hay que ganar. Así, esta imprenta subterránea, que tiene una prensa de pedales, tira el periódico del distrito. Dos hombres y dos mujeres lo hacen. En un rincón, un obrero trabaja minuciosamente sobre una tabla. Está inventando un "truco", un medio muy simple destinado a imprimir el periódico a pesar de todo, en caso de un desembarco norteamericano. Podría entonces esconderse más profundamente aún bajo la tierra e imprimir clandestinamente la hoja *Estamos listos, preparados para lo peor*, nos dijeron. Sobre el rodillo de metal, se puede leer: *U. S. Navy*, es una pieza de una bomba de la VII flota. En el exterior, hace calor, mucho calor. El viento ardiente que viene de Laos, sopla. Se trabaja al ritmo del adversario; si los aviones vienen temprano, se trabaja tarde. Se teme a la sequía, pero los cráteres, dejados por las bombas, constituyen excelentes recipientes y viveros para las carpas. Otros, han sido llenados por las brigadas de choque de jóvenes campesinos y campesinas que trabajan con palas y horquillas en los agujeros: 10 metros de profundidad en medio de campos de papa dulce. En veinte minutos, y ayudados por el buen humor, el agujero está lleno, entonces vuelven a plantar las papas. Los campesinos del paralelo 17, se aferran a su tierra. No quieren que los norteamericanos les roben un solo metro cuadrado.

Durante estas semanas, no solamente he filmado a los campesinos. He vivido con ellos. Cuando partí para Vietnam del Norte, llevaba conmigo una carta de algunos cineastas franceses dirigida a sus colegas vietnamitas. Decían, en la carta, que deseaban realizar una película de solidaridad con el pueblo vietnamita, *haciendo comprender al espectador que no se trata de una guerra lejana y aislada, sino de una elección entre dos concepciones que cada uno deberá hacer tarde o temprano en su país y en sí mismo.*



Este año de Rubén Darío, que se inició con ceremonias conmemorativas del Centenario de su natalicio —no sólo en países de habla española—, está a punto de concluir, con actos semejantes en los que México se hallará presente.

Aquí, como en la patria de Rubén Darío, al principiar la celebración, hubo de hablarse —cuando se evocó alguna etapa de la vida del poeta— de otros escritores hispanoamericanos con los que él mantuvo relaciones amistosas.

Entre ellos se contó el poeta y prosista Amado Nervo, que fue uno de sus más leales camaradas y sin duda figuró entre aquellos con quienes lo ligaba una amistad muy firme. Colaboraron en publicaciones periódicas del Viejo y del Nuevo Mundo, con mucha frecuencia; coincidieron ambos en sus viajes por tierras de Francia y de España —estuvieron juntos en París y otras ciudades— y había entre ellos afinidades que los aproximaron.

Quienes se hallan en el secreto, por cartas o confidencias de amigos mutuos, saben que Nervo sustituyó a Darío, en algunas colaboraciones, cuando éste, por mala salud, se veía obligado a rogarle que lo reemplazara.

Aun ha llegado a afirmarse que la colaboración, eficaz y anónima, de Nervo, enriqueció con sus contribuciones más de una página de aquellas que aparecieron, sólo con el nombre de Rubén Darío, al describir sus peregrinaciones por España.

A nadie sorprendió, aunque no hubiera penetrado muy adentro en tales relaciones amistosas —que subsistieron hasta el fin de Darío: entre sus manos, el crucifijo obsequiado por Nervo—, la elegía de éste, a raíz del fallecimiento del gran escritor nicaragüense.

De tal elegía —que la mala memoria de un escritor suramericano, atribuyó, en reciente discurso conmemorativo, al mayor de los Machados— lo que más a menudo se cita es aquel estribillo del poema:

"Ha muerto Rubén Darío,
el de las piedras preciosas".